

Living on nothing a year o cómo vivir bien sin renta alguna: *Une pièce en forme de poire?*

KATHERINE MILLER

Directora de Asuntos Culturales
Biblioteca "Florentino Idoate, S. J."

Universidad Centroamericana –
"José Simeón Cañas"



"Nuestro antagonista es nuestro ayudante. Este conflicto amigable nos obliga, con dificultad, a llegar a un conocimiento íntimo con el objeto de nuestra consideración y nos requiere a considerarlo en todas sus relaciones. No nos permitirá ser superficiales."

[Matthew Arnold, citando a Edmund Burke en su ensayo de 1865, "*La función de la crítica en el tiempo actual*", p. xx. Traducción propia]¹

En este trabajo se propone estudiar la novela victoriana porque refleja una sociedad en los tumultos que resultaron de la industrialización e internacionalización de su cultura por medio del comercio, en muchas de las mismas maneras que estamos experimentando en este país hoy—en estos mismos momentos.

Si Stendahl, al otro lado del canal de la Mancha, en Francia —pero durante la época victoriana en Gran Bretaña— declaró que el hecho de hablar de la política en la literatura podría ser equivalente a tirar una pistola en un teatro lleno de público, tal vez una analogía durante el período victoriano en Inglaterra sería metafóricamente paralela a la inyección del trauma que los efectos que asuntos económicos tendrán en una sociedad representada en la estética literaria de la novela.

La novela en Inglaterra, durante la Revolución Industrial, sirvió como membrana semipermeable entre los cambios catastróficos, igual como los desarrollos bellísimos del progreso económico de la sociedad victoriana pasarían a las emociones y estados mentales socio-psíquicos de la población. La novela cumplió la función de agregar a las conciencias críticas de los lectores, por ejemplo, las percepciones de la injusticia provocada por el progreso tecnológico, o algo positivo como la primera gran



El Palacio de Cristal de la Feria Comercial e Internacional en Londres, 1851

feria internacional de comercio en Londres que presentó avances en la tecnología producida en toda Europa por medio de la industrialización que fue emblemático por el Palacio de Cristal en 1851.

La novela presentaba un aprecio mezclado con susto, alrededor de las nuevas teorías de la evolución, la arqueología y la expansión hacia lugares tan exóticos como la India, África, América Central, China, Indonesia y Singapur, la industrialización de las fábricas de Manchester y Leeds con sus enormes fábricas y condiciones insalubres para los trabajadores. Se lee en sus páginas sobre los efectos psicológicos de la construcción de los ferrocarriles y carreteras, al igual que de la manía frenética que sintió la población victoriana cuando aparecieron. En fin, todo lo que im-

factó a las poblaciones inglesas en una manera tan chocante encontró espacio en sus páginas.

Es posible decir que, en cierta manera, la novela digirió y formó los efectos socio-psíquicos en su audiencia de los asombrosos cambios. De las novelas sugirieron propuestas para las gigantescas reformas para limar las asperezas de las injusticias consiguientes con el progreso tecnológico. Y fueron las novelas que presentaron, ante la desesperación y terror de la población, la posibilidad de una comprensión, por parte de sus lectores, de los cataclismos que avecinaban a la pequeña isla verde —verde por su agricultura y lírica por su folclor, ambos sustentando la salud física y emocional de la población en el campo y en las ciudades— impactada por los deslices y éxitos del largo proceso de las varias Revoluciones Industriales de los finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX.

Y por todo eso que compartimos con los victorianos, no debemos omitir que las novelas escritas durante la época victoriana en Inglaterra son algunas de las más deliciosas y penetrantes que jamás han sido escritas. Además, la mayoría de ellas se ha traducido al español (con resultados variopintos).

Al revisar los paralelos entre la sociedad salvadoreña y la de los victorianos, por ejemplo, consideramos, entonces, por ejemplo, los

fenómenos que estamos enfrentando aquí, hoy, según las noticias televisadas y los periódicos impresos y digitalizados: la expansión de relaciones internacionales por medio de diplomacia y comercio, la consiguiente necesidad de la industrialización de la sociedad (incluyendo sistemas de transporte como puertos, canales secos, carreteras ferrocarriles, e industrialización necesaria para la instalación de fábricas y oficinas), la polarización social, económica y política de una sociedad que se está desarrollando plenamente un sistema de instituciones democráticas durante un período de posguerra.

Además, consideramos que así como hicieron los escritores y lectores de las novelas victorianas, el debate vigente sobre la definición del papel del estado en el desarrollo y avance de la cultura, el comercio, los sistemas de comunicación y educación, y las corporaciones municipales que deberán, todos, servir objetivos nacionales. Estos y otros temas sirvieron como temas para los que escribieron, en su tiempo, sobre tiempos así como los nuestros.

Mencionar estos temas es un equivalente de una repetición de lo que estaba reflejado en la sociedad que lleva el nombre del gobierno que presidió la expansión comercial por todo el mundo en unas relaciones de un imperio de agua azul internacional. En las novelas se podía leer y evaluar al gobierno

y Parlamento de la Reina Victoria con los Primer Ministros Palmers-ton, Peel y Disraeli, además de los intelectuales contemporáneos como Matthew Arnold, Karl Marx, Charles Darwin, John Henry, el Cardenal Newman, por no mencionar a los que escribieron novelas como Daniel Defoe, Lawrence Sterne, Henry Fielding, Charles Dickens, las hermanas Brontë, William Makepeace Thackeray, George Eliot, Elizabeth Gaskell y demás. No había, pues, ni televisión, correo electrónico, Facebook, Twitter, ni Blackberries. No había teléfonos. La novela y los periódicos asumieron estas funciones.

La forma idónea para expresar las convulsiones y éxitos de esta sociedad era este género sumamente característico de los anhelos de entender los nuevos desarrollos intelectuales y tecnológicos, políticos, económicos y de reforma social de una sociedad que acumuló, con velocidad, la riqueza y poder, y que trabajaba incesantemente para la reforma social de los efectos que estos fenómenos causaron era la novela.

Lo interesante es el hecho de que el Reino Unido de la Reina Victoria (1837-1901) pasó todos estos fenómenos asombrosos al otro lado del Canal de la Mancha (que los ingleses denominaron el *English Channel*), al igual que la gente de hoy los está experimentando. Solamente unos cuantos kilómetros de agua separaron al pueblo inglés de un continente que vio guerras y

revoluciones como la Revolución Francesa (1789), seguida por las Guerras Napoleónicas, las revoluciones de 1848 y las docenas de guerras como la Guerra en Crimea (1853-6), la Guerra de los Boers en Sudáfrica (1880), la segunda guerra anglo-afgana en Afganistán (1870-1880), la guerra anglo-zulú (1879) —o sea, entraba en guerra cada año de este período que estremeció la conciencia nacional con el terror que iba pasar lo mismo en Inglaterra. El milagro es que, durante todas estas guerras, Inglaterra nunca pasó una revolución violenta en su propio suelo, no obstante las predicciones de Marx. La revolución de Inglaterra era la industrial.

Inglaterra asumió todos los enormes cambios de la democratización, la industrialización, las tormentas y polarizaciones ideológicas, sin sucumbir a una revolución o lucha armada dentro de las fronteras de su isla. Fue un hecho admirable, pero casi inimaginable a la población que vivió continuamente en miedo y terror que una revolución se avecinaba. Nunca llegó. Pero los impactos económicos, sociales, políticos y psicológicos que atendieron a los cambios fuertes al nivel nacional siguieron.

Entre los cambios más profundos eran los que, consiguientemente con el trauma nacional de la Revolución Industrial, afectaron la vida económica del país y la psique de la gente individual y en familia.

Veamos un momento algunos de los debates sobre la vida económica del país durante el siglo XIX en la Inglaterra de Dickens en *Martin Chuzzlewit*, *Aged P*, *Mr. Gradgrind* o *Mrs. Lopsided*, quienes exhibieron los efectos de estos cambios en su apariencia y comportamiento caricaturizados, pero reconocibles fácilmente por un población que sufrió las mismas consecuencias y efectos por su trabajo en las fábricas la nueva sociedad.

Los pensadores que se ocuparon de la economía política de este período, como Adam Smith and David Hume (en sus escritos económicos), Jeremy Bentham, William Wordsworth y Percy Bysshe Shelley (poetas precursores de los victorianos quienes también escribieron sobre la economía) y escritores literarios (de novelas) de toda índole cuando reinó Victoria. Ellos podían enseñar a sus lectores, en sus escritos, la larga migración de las especulaciones sobre la vida, la muerte y las pasiones que pasaron desde los reinos de teología y la filosofía moral y llegaron a las categorías de la biología, la arqueología, la antropología, la psicología y la economía política. La gran parte de estas transferencias, o transmigraciones, se llevaron a cabo por medio de las novelas por entregas que fueron leídas por las poblaciones en Inglaterra, en el viejo continente y en el Nuevo Mundo. Los lectores (y compradores) esperaban con

mucha ansia el próximo capítulo publicado por entregas semanales o mensuales; los lectores y compradores de América y Francia esperaban en las muelles para los barcos que los trajeron desde Inglaterra. Los folletines de las novelas publicadas por entregas fueron vendidos a muy bajo costo en las estaciones de tren y comprados por las niñas que los leyeron, mientras viajaban en trenes para trabajar en las sucias fábricas de Manchester. Los leyeron hasta los primeros ministros y la reina misma.

Al fin de tanto, como declaró Bentham, es por medio del placer y el dolor que estamos agregados al complejo de sistemas económicos de nuestras naciones. Y estas transferencias desde la filosofía moral hacia las nuevas ciencias están presentadas en casi cada novela desde *Pamela, o la virtud recompensada* y *Las aventuras de Moll Flanders* hasta *La feria de las vanidades* y *Dombey e hijo*.

Sobre este punto de las emociones, el placer, el dolor y la irracionalidad que causan y provocan los cambios económicos representados en las novelas, podemos considerar un comentarista más reciente: un tal George Loewenstein, profesor de la universidad de Carnegie Mellon. Loewenstein tocó este tema cuando declaró, en una conferencia reportada por el *New York Times* en 2003, que

“Neoclassical economists came along in the mid-19th century and wanted to mathematize the new science of economics. They couldn’t include ‘the passions’ or emotions, in their models, because they were too unruly, too complex. But they also thought that the emotions were unknowable.”

[Citado por Stephen J. Dubner in “Calculating the Irrational in Economics”. *New York Times* 06/28/03: B9].

[Los economistas del siglo XIX querían matematizar la nueva ciencia de la economía. No pudieron incluir en sus modelos las pasiones o emociones, porque eran demasiado complejas y desordenadas. Pero, al mismo tiempo, pensaban que no se podía conocerlas ni entenderlas.]

(Traducción propia)

Aquí entran las novelas para formar, transformar y analizar las pasiones y emociones, complejos y desordenados, para que los lectores se pudieran entender a sí mismos y a los efectos de los cambios en su sociedad. Así que hay que considerar las novelas de Daniel Defoe, Lawrence Sterne, Charles Dickens, William Makepeace Thackeray, George Eliot, Walter Scott; los ensayos publicados por entregas de Matthew Arnold, Thomas Carlyle y Edmund Burke; las investigaciones y publicaciones de las cárcavas psicológicas que se abrieron al leer a Charles Darwin o las vistas panorámicas de los efectos de la

revolución industrial de David Hume, Adam Smith o Karl Marx, el *gentleman* victoriano que se presentó al Museo Británico cada mañana para escribir sus libros iconoclastas que ilustraban, por medio de la lupa de un precioso estilo victoriano, el paisaje y la conciencia de una Inglaterra que experimentaba una revolución industrial, social y política.

En eso, los que escribieron novelas y los que escribieron sobre economía política como Marx, quien siguió mucho de lo que había escrito Adam Smith y sus colegas de la Ilustración Escocesa (“la Filosofía del Norte”) al examinar y reflexionar sobre la revolución industrial y los efectos de la acumulación forzosa y apresurada de capital en la sociedad victoriana. Se debe mencionar, también, los que investigaron y publicaron sobre las concepciones de la naturaleza y sus conceptos de sí mismo, el concepto del tiempo y de su dios, como Charles Darwin en sus teorías sobre la Evolución y Charles Lyell sobre la geología que comprobó la edad de la tierra misma; los pensadores como John Henry y el cardenal Newman, que abrieron un panorama de tolerancia hacia los católicos en el profundo y espectacular Movimiento de Oxford (1833-45), que cambió la faz ideológica de la férrea intolerancia nacional contra los católicos ingleses. Todos agregaron un lugar a los efectos de los sistemas económicos y estéticos de placer, dolor y la irracionalidad predicadas como causas

por Jeremy Bentham, como motivos y resultados en las vidas económicas de las vastas poblaciones que vivió la Revolución Industrial.

Este enfoque no es más evidente que en las novelas durante el período que comienza en 1837 y termina en 1901, cuando la Reina Victoria estaba en el trono de Inglaterra y dio su nombre a este período tan parecido al nuestro.

Las novelas tomaron estos temas candentes y apasionados y que ayudaron a la población asimilar los cambios que eran, a la vez, tan desastrosos y positivos como los cambios que está experimentando un país en América Central en la costa del Océano Pacífico esta mañana, reportados en las noticias televisadas, impresas y digitalizadas.

Por “novela”, deseo indicar las novelas de reforma social del siglo XIX cuando la Reina Victoria estaba en el trono y en que el país pasaba los tumultos y crisis provocados no solamente por la revolución industrial y sus efectos racionales e irracionales en la economía del país y en las consciencias de los individuos. Pasaban, también, por las guerras internacionales y nacionales, por el derrumbe de la teología tradicional y el surgimiento de teorías tales como lo de la Evolución y los esfuerzos por iluminar y delimitar el desarrollo económico y moral de que escribieron los pensadores de las universidades de Edimburgo

y Glasgow durante la Ilustración Escocesa, o Filosofía del Norte.

La novela incorporaba el cambio social del enorme movimiento progresista de los cartistas, los reformadores, los pensadores religiosos de toda índole, la industrialización y sus políticas económicas en representar a sus lectores las reacciones de la población rural y urbano a la llegada de los ferrocarriles, guerras, crisis ideológicas, religiosos y políticos, a “England’s green and pleasant land”, basada en la agricultura, por medio de la industrialización y la formación del imperio comercial enorme desde la India, Canadá, Sur África —incluyendo América Central.

Ahora, en la medida que El Salvador se está transformado de una situación en que está compuesto principalmente de una economía agrícola por una revolución industrial, ¿cuál sería la reflexión cultural? ¿Dónde podemos ubicar a las autoridades culturales en este terremoto que está produciendo, no solamente la democracia y sus instituciones, sino también la industrialización, quiérase o no.

Es seguro que la situación cultural de El Salvador exhibe una cierta ansiedad, nostalgia y un siempre presente frustración y coraje para mantener el *status quo* de una sociedad, que, no obstante, está transformándose desde una sociedad mayoritariamente

agrícola a una sociedad comercial moderna, compitiendo en la arena internacional y forzosamente industrializada, en la que las relaciones personales, sociales y comerciales ya no dependen en una especie de solidaridad comunal, anhelo de un pasado rural, producto de las enormes transformaciones que el país está experimentando. No es un proceso de cartón o madera; es una serie de procesos que afectan la carne, los huesos, las pasiones y las emociones —exactamente como hicieron las transformaciones que pasó Inglaterra durante su revolución industrial.

En estas transformaciones que sufrió la gente victoriana —que son muy parecidas a las que se está pasando nuestras poblaciones hoy— Thomas Carlyle declaró que, en lugar de las queridas relaciones comunales de solidaridad rural, nuestras relaciones sociales serían reducidas a un “cash-nexus” (relación económica interesada). Sobre eso, escribió el pensador intelectual de la Universidad de Glasgow, Adam Smith, protagonista de la Ilustración Escocesa, quien nos aconseja en su *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* (1776), (tan prominente en los pensamientos de los victorianos), que el carnicero y el panadero nos proveen con carne y pan no por su bondad o solidaridad social, si no a causa de su propio “self-interest”. Walter Scott, también partícipe de la Ilustración Escocesa, tan influ-

yente en los corazones y mentes de los victorianos, captó estos temas en sus novelas tan complejas sobre exactamente estas transformaciones.

Pero, si la cohesión de una sociedad es basada en esta clase de “cash-nexus” y “self-interest”, un interés por el bien de si mismo, pregunta Smith, Hume, Stewart, Scott y demás, ¿Acaso este *self-interest* sea suficiente para construir y mantener la cohesión social? ¿O habría que aceptar las dos naciones que Benjamín Disraeli describe en su novela, *Sybil, o, las dos naciones*? Parecía, por temporadas, que todo se había derretido y se transformó en la forma de una pera: une *pièce en forme de poire*.

O, como dicen los ingleses: “It all went pear-shaped”, simultáneamente con los enormes éxitos. Los avances y los atrasos siempre se dan en forma simultánea, o desfasadas o

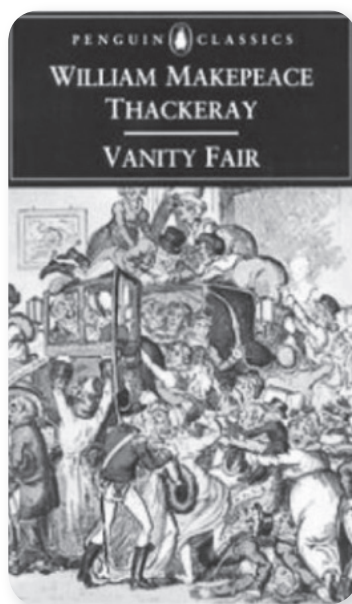


entrelazados. Además, están siempre sobredeterminados.

Ahora que estamos en el tema económico que presentó fracasos y bancarrotas en este entonces, así como ahora, veamos un poco el período desde el punto de vista de sus actitudes sobre vivir, invertir y manejar el crédito financiero durante el período de las Guerras Napoleónicas en el viejo continente (1803-1815) después de la Revolución Francesa.

El poeta Percy Bysshe Shelley, aunque usualmente caracterizado como poeta “romántico”, no obstante, vivió durante los tempranos años del período victoriano. Sus escritos sobre la economía son escritos que salpican con veneno los efectos de los gastos gubernamentales utilizados para financiar las interminables guerras en que Inglaterra fue involucrada. Shelley identificó el “enemigo principal”: los créditos públicos (es decir, del estado y su deuda pública). Cuando Shelley denunció “the fictitious paper currency”, estaba atacando el concepto de crédito financiero representado en “la moneda ficticia en papel”.

Se encuentra, al mismo tiempo, pero al otro lado del *English Channel*, la muy lista Becky Sharpe, quien es testigo elegante y arrogante de la Batalla de Waterloo (1815) en la que los ingleses, a las órdenes



de Wellington, derrocaron a las tropas francesas bajo el mando de Napoleón Bonaparte). En la novela, *La feria de las vanidades*, escrita por William Makepeace Thackeray, Becky forma parte de las numerosas familias inglesas que viajaban a Bruselas para ver esta batalla (como si fuera un entretenimiento) quienes se congregaron en una tardeada, con sus carruajes y caballos de última moda, en una colina en las afueras de la ciudad de Bruselas para presenciar, mientras que comían, la Batalla de Waterloo. En este momento, la situación económica de Becky es, como nos comenta el mismo Thackeray en esta novela, la de “vivir bien sin renta alguna”, o, de forma más sucinta, en inglés: “*living well on nothing a year.*”

Mientras tanto, en el mismo capítulo de *La feria de las vanidades*, el esposo de Amelia Sedley, mientras las familias almuerzan en las colinas arriba de Bruselas como espectadores de la Batalla de Waterloo, se encuentra caído, tirado con su cara en el lodo: muerto en batalla. Su amiga, Becky Sharpe, colecta los bonos de seguro de vida cuando muere en una situación sospechosa, su esposo, Jos Sedley de Bogley Wallah en la India, que es el rubí en la corona de la emperatriz de la India, la Reina Victoria. Jos Sedley era el hermano de Amelia. El abogado que pagó a Becky por la muerte de Jos declara que esta era la situación más negra que jamás había visto. Sin embargo, no hay pruebas. Más ilustrativa todavía es la situación del padre de Amelia Sedley, John Sedley, arruinado financieramente por la caída de sus créditos y los créditos del Banco de Inglaterra:

His name had been proclaimed as a defaulter on the Stock Exchange and his bankrupted and commercial extermination followed.

[Su nombre había sido declarado en bancarota en la Bolsa de Valores y se procedió a su exterminio comercial.]

La sociedad inglesa presentada por Thackeray en esta novela se encuentra económica y moralmente en fragmentación y colapso. Thackeray intenta presentarla a sus lectores como comentario y como

rescate por medio de su novela, el entendimiento de las imágenes en el espejo en que pueden verse a sí mismas antes de que sea demasiado tarde.

El mundo financiera de los ingleses (así como Estados Unidos y de la Unión Europea en nuestros días) que afectan tanto a la economía mundial, incluyendo a El Salvador) es lo que Becky y muchos más imitaron. "Living on nothing a year" significaba que los créditos financieros habían tomado el lugar del dinero y del trabajo para ganar la vida en un mundo de la especulación que había comenzado con la primera burbuja en las finanzas internacionales: el fracaso astronómico del *South Sea Bubble* de 1720.

El desarrollo de la economía y finanzas en la Europa, y especialmente, la Inglaterra, de los 1840's es elaborado estéticamente para nuestra edificación moral en las páginas desde *Moll Flanders*, *Vanity Fair* y *Dombey and Son*, *North and South*, *Sybil*, *Coningsby* y más. Hoy son los bonos basura y otros fraudes, bancarrotas y "defaults" potenciales que son la base de economías nacionales, que son reflejados en los fracasos encubiertos como las de Lehman Brothers y Goldmann Sachs, para no mencionar Grecia, España, Italia, Irlanda y, posiblemente, Estados Unidos y Francia. Becky sencillamente es un emblema, *avant la lettre*, de cómo vivir una vida que depende de

vivir, sin trabajar, de crédito: “*on nothing a year*”. Becky Sharpe es un nombre con mucha resonancia en estos días: ella representa un estilo de vida entera que Thackeray está estudiando en su novela, pero las resonancias de hoy, el espejo en el que podemos vernos “*en forme de poire*” no se nos pierden al leer las novelas que no eran, de ninguna manera, solamente un escape de la vida cotidiana a un mundo de aventuras. Los reflejos y resonancias son verdaderos.

No se puede dejar afuera de esta obra teatral al Banco de Inglaterra, todavía en vigor hoy en día. Formado como una corporación privada en Londres (1694), el Banco de Inglaterra intentó controlar el crédito financiero bajo los Primeros Ministros Robert Peel y Benjamín Disraeli. Este último, durante una crisis, ofreció al Banco de Inglaterra, el gobierno entero de Gran Bretaña como colateral para un préstamo del Banco de Inglaterra. ¡Un préstamo de esta magnitud es lo que requirió el país para resolver la deuda nacional del gobierno mismo!

El Banco de Inglaterra también, durante la época victoriana, así como los bancos con bonos internacionales ahora, compitió en el mercado de los préstamos especulativos basados en las teorías que iban estabilizar las tasas de interés. El drama terminó con el pánico de la bolsa de valores londinense y el

derrumbe financiero de 1847 (léase, Grecia, Italia, Francia, Portugal e Irlanda en 2011). Siguió este fracaso cuando el Banco de Inglaterra intentó limitarse a comprar oro, con la intervención de controlar la expansión y contracción del crédito (léase, reportes noticieros televisados por CNN de EE.UU., BBC de Londres, TVE de Madrid, RAI de Roma y TV5 de París durante agosto 2011).

Así que, estamos viendo una experiencia hoy de *déjà vue* respecto a lo que es reportado estéticamente sobre los cambios y desastres representados y reflejados en las novelas de los siglos XVIII-XIX como *La casa desolada* y *Dombey e hijo* de Dickens y *La feria de las vanidades* y *La suerte de Barry Lyndon* de Thackeray; *The Mill on the Floss*, *Daniel Deronda* y *Felix Holt* de George Eliot; *Norte y Sur*, *Mary Barton* y *Cranford* de Elizabeth Gaskell, y tantas más. En estas novelas podemos entender los efectos personales y sociales de la aplicación racional e irracional de las teorías económicas a la industrialización de Inglaterra y sus repercusiones sociales y psicológicas —socio-psíquicos— al examinar el comportamiento irracional que, en algunos puntos, impulsaban—e impulsan—los que juegan en la bolsa de valores. Un examen analítico y novelístico de la irracionalidad tiene su lugar en el esfuerzo de entender la economía en 1840, igual como en 2011.

Y si podemos ver estos escenarios presentados en las novelas victorianas, ¿por qué no examinar este comportamiento individual y social descrito en las novelas durante la época victoriana a fin de prepararnos para un período, ahora y en el futuro, impulsado no principalmente por el análisis racional, sino por egoísmos, miedos reales y sustanciales, sustos irracionales ante los cambios que implican la industrialización inevitable del país en que vivimos en el siglo XXI? La ansiedad y la frustración por los enormes cambios que vinieron durante el siglo XIX, descritos en las novelas de la época victoriana —y que vienen ahora con el desarrollo comercial e industrial de El Salvador, junto con el optimismo de un futuro mejor pero incierto— son evidentes en los paralelos muy cercanos que podemos percibir en nuestra propio sociedad.

La confianza en el progreso inevitable que caracterizó la época victoriana, reportada en sus novelas, es parecida a la esperanza abstracta, al miedo y a la resistencia al cambio por la industrialización del trabajo que se puede percibir en, por ejemplo, los esfuerzos largos, intermitentes y fantasmales para hacer que funcione un puerto. La visión socio-psíquica que contempla las posibilidades de inversiones que incorporan diseños extranjeros, en lugar de, o además de, los del estado, presenta, en sí misma, un choque cultural.

Los esquemas socio-psíquicos descritos por los autores victorianos en su elegante estilo para aportar y elevar un espejo ante la sociedad, cuando el comercio dominaba y la democracia estaba consolidándose, pueden aportar y reflejar a nuestras visiones también. No es necesario reinventar la rueda. Se tiene que enfrentar los mismos problemas que enfrentaron los victorianos sobre donde ubicar o localizar la autoridad cultural en una democracia-en-construcción —es decir, la democracia entendida en términos de cultura igual como en términos del desarrollo de instituciones políticos. Una pregunta que se desprende de estos interrogatorios es: ¿Cuál es el papel del Estado? ¿Acaso el Estado deberá absorber todos los procesos de democratización? ¿O es posible que algunas (¿cuáles?) autoridades culturales pueden asumir parte de la carga? ¿Qué tal si se incorporan la lectura de novelas victorianas en los planes de estudio de los colegios y universidades? (Los valores son muy cristianos y no hay sexo.) ¿Qué tal si se forman círculos de lectura en las fábricas, oficinas, penales y hospitales? ¿Se tendrá que incorporarlos en la capacitación y entrenamiento de los maestros/as y profesores/as?

Los choques culturales que experimentaron el círculo de amigos que son los protagonistas de la novela *Cranford* (publicado por entregas entre 1849-1858) de Elizabeth Gaskell pueden servir como un solo ejemplo. Las mujeres y hombres en

la novela tienen, sin poder escoger, que absorber la realidad de que un ferrocarril pasará por su aldea, donde ellas y sus familias habían vivido durante siglos. El auge del ferrocarril había comenzado en 1825, llegando a una manía en la década de 1840.

“Change?”, responden las familias, a voz alta, con confusión y alteración de los nervios. Y eso en una época en que la ciudad de Londres se compuso de calles y callejones que, en ningún momento, llevaban más de unos pocos minutos a pie para llegar a los campos rurales abiertos, hasta con vacas y ovejas. Eventualmente los procesos y pasajes que presenta *Cranford* sobre como acoplar con ecuanimidad lo que trajo el ferrocarril y su lucha psicológica y social para alcanzar entender y absorber la vida que trajo el ferrocarril son ilustrativos para El Salvador de hoy.

No obstante todos los avances en el transporte, comunicación, fábricas mecanizadas, minas y demás, el conservadurismo que caracterizaron las actitudes victorianas persistieron. Tan tarde como 1917 y 1924, la novelista inglesa Mary Webb intenta salvar y celebrar la forma de vida, costumbres y belleza de los campos rurales de Shropshire y lo que se estaba perdiendo con la industrialización en sus novelas (*Precious Bane* y *Gone to Earth*). Los que viven en el campo en medio de estos procesos de modernización

quedan cautelosos, estratificados, amarrados por las tradiciones, mientras que la industrialización requiere de imaginación y capacidad de adaptación. Porque, no es necesario decir que una economía pre-industrial es una sociedad en la que la actividad económica principal es la producción agrícola. Y las novelas capturan y reflejan los cambios fuertes que movieron la sociedad inglesa desde la vida agrícola hacia la industrialización de su país.

En medio de este *Weltanschauung* de la vida rural, el ferrocarril transformó a la “England’s green and pleasant land”. Me atrevo a decir que lo mismo, o algo parecido a lo presentado en *Cranford*, *Mill on the Floss*, *Dombey and Son* puede pasar cuando El Salvador experimenta la industrialización necesaria para el desarrollo de su puerto y comercio, un proceso que está prefigurado en los cambios que trajo el ferrocarril en Inglaterra.

Me atrevo a decir, además, que la lectura de estas novelas nos puede ayudar a confrontar y asimilar los cambios que vienen para El Salvador. No obstante, el camino al desarrollo y afluencia queda, para nosotros igual como para los victorianos, en una revolución industrial, con todo y ferrocarriles y puertos. Sobre este proceso de cambio, Thackeray insistió que él estaba escribiendo sobre un mundo “pre-ferrocarril” y que los Ingleses era siempre “a country-dwelling race” [una raza que vivía

en el campo], mientras describía el papel de los cambios enormes que pasaron por su país, así como pasarán por este país.

Sobre eso, Marx escribió, en plena época victoriana, en medio de la revolución industrial en Inglaterra y en medio de las revoluciones europeas que causaron pánico en los corazones de los ingleses victorianos, en 1848, en su *Manifiesto comunista* y, más tarde en *La ideología alemana* que la industrialización (ferrocarriles, fábricas y puertos) salvarán a la gente de la “idiotez de la vida rural”. Y describió en los tres tomos de *Capital* que escribió en el Museo Británico, de los costos y avances sociales y cambios psicológicos que causaron la revolución industrial en Inglaterra.

Otro tema que acompaña la industrialización y el desarrollo de cultura es el miedo, y —¿por qué no decirlo?— el disgusto que ocasiona el imperativo de conocer y trabajar con extranjeros. Estos tiempos para El Salvador se avecinan. Este fenómeno se puede ver al leer las varias novelas victorianas cuando expresan el disgusto y el horror que sentían los buenos victorianos cuando pensaron en la vulgaridad y modales sociales grotescos de los americanos durante el período simultáneo al otro lado del Atlántico durante el período de la democracia jacksoniana que Dickens describió con tanta acidez en su novela *Martin Chuzzlewit* (publicada en forma de folletín entre 1843 y 1844).

Bram Stoker también tocó este tema y capturó el terror que los ingleses sentían ante la llegada de los trabajadores pobres del Este de Europa a Inglaterra en su novela epistolar, *Drácula*, publicada por entregas en 1896. Stoker presenta un espejo psicológico en que los buenos ingleses de las clases medias comerciales imaginan que los inmigrantes pobres y extranjeros de Europa del Este después de las guerras como la de Crimea, iban a chupar su sangre como vampiros —léase, infectar y dañar a la cultura y hacer desaparecer su forma de vida cómoda. La metáfora ha sumergido en las películas de Hollywood, pero impregna las páginas de la novela, *Drácula*, para los que tienen ojos para leer y entender.

Al fin de tanto, durante los procesos de la Revolución Industrial, ya se fueron los días cuando el tiempo fue contado por el lento progreso de un día de verano o el crecimiento de las milpas y fue remplazado con la vida en las minas, las fábricas, en los barcos y molinos, junto con la impaciencia de los radicales políticos demandando reformas todo de un solo, y violentamente. Fue un gran ajuste psicológico lo que requirió de gente acostumbrada de ir a la velocidad de 15 kilómetros por hora, como máximo en un carruaje con caballos, a cambiar su comportamiento psicológico a una velocidad de un locomotriz que corrió a 40-50 kilómetros por hora.

El pintor victoriano J. M. W. Turner capturó iconográficamente, este terror, pasión y asombro en su pintura, "Rain, Steam, Speed" (1844).

Gilbert y Sullivan hacen burla satíricamente de su sociedad en la ópera victoriana, "H.M.S. Pinafore".

Y el astuto inspector de escuelas quien pasó su vida en el ferrocarril viajando de una escuela a otro, Matthew Arnold, quien escribió la obra seminal del período victoriana, *Culture and Anarchy* en *Cornhill Magazine* 1867-68) se quejó en sus páginas del "sick hurry" de la vida moderna: la prisa enferma de la vida moderna.

Pero hay más sobre el concepto del tiempo que asombró las poblaciones de Europa cuando la imagi-

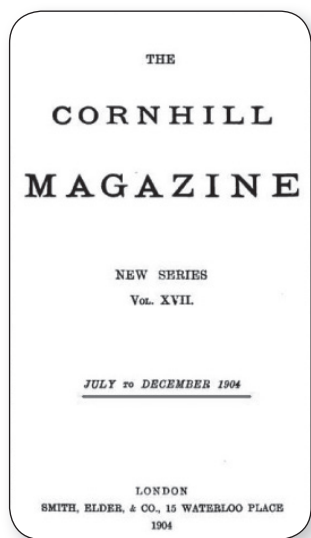


"Rain, Steam, Speed."



nación humana tenía que ajustarse a los gigantescos cambios en el concepto de tiempo derivado de los descubrimientos de las pinturas en las cuevas de Altamira en el norte de España que demuestran evidencia que el hombre vivían y pintaban hace 150,000-180,000 años. Este descubrimiento implicaba dudas y choques psicológicos sobre la noción que la creación del mundo según la *Biblia* y *El Paraíso Perdido* de John Milton era eterno. Cuando se dio a conocer lo que habían encontrado e las Cuevas de Altamira, requerían una revisión drástica y pública del lugar del hombre en el proceso que la ciencia de la arqueología reveló. El descubrimiento puso en duda que la Creación por Dios ocurrió hace 4,004 años, como dijo el eminente obispo victoriano, Ussher. Nació la ciencia de la arqueología que no había existido antes, y hasta se abrieron vistas y panoramas de la verdadera ciudad de Troya de Homero, por medio de los entendimientos y técnicas de las nuevamente descubiertas ciencias de la geología y la arqueología.

Es necesario mencionar los cambios que revelaron Charles Darwin en la publicación en 1871 de su estudio científico, *The Descent of Man*, escrito en el bello estilo elegante y anticuado de los victorianos, que causó (y sigue causando) un trauma social.



Otros avances en la ciencia presentada en las novelas causaron asombro también. En 1850, fue anunciada la segunda ley de la termodinámica. Charles Dickens la incorporó inmediatamente en las imágenes de todo su novela *Bleak House* (*Casa Desolada*) en sus descripciones de las conversiones irreversibles de la energía que calienta el cosmos cuando presentó la combustión espontánea que causó la muerte del personaje Krook en este novela publicada entre 1852-53. Causó una conmoción pública,

no solamente su presentación novelística de la combustión espontánea, sino el que la imaginación victoriana tuvo que absorber este descubrimiento científico ¡que no existió en la *Biblia*! El progreso no era siempre aceptado con optimismo. El progreso estaba —está— en constante tensión con la sabiduría folclórica.

En este mundo salvadoreño, al igual que en el mundo victoriano, ¿dónde se ubica la autoridad cultural? Ya no son los *mos maiorum* de los antepasados ni los dichos de los padres que son las autoridades a reclamar. La ansiedad era la expresión de la época victoriana del siglo XIX, junto con la esperanza del progreso. Así es hoy.

Actores culturales como los que escriben novelas y obras dramáticas pueden, repito, asumir parte de la carga. No se puede legislar sobre todos los aspectos del progreso. El ser humano necesita y pide ayuda para asumirlos. Con las instrucciones para terminar una obra dramática, Thackeray termina su novela,



El Banco de Inglaterra

y así como William Makepeace Thackeray terminaba su novela que exploraba con ácido, dulzura y cariño todos estos cambios del poder en una sociedad que pasaba la industrialización, así terminará, también, nuestra función:

“Ah! *Vanitas Vanitatum!* Which of us is happy in this world? Which of us has his desire? Or, having it, is satisfied? Come children, let us shut up the box and the puppets, for our play is played out.”

[¡Ah, *Vanitas vanitatum!* ¿Quién de nosotros es feliz en este mundo? ¿Quién de nosotros ve cumplidos

sus deseos? O, si los ve cumplidos, ¿quién es el que se siente satisfecho? ... ¡Oh, hijos míos, cerremos la caja de los muñecos, porque hemos llegado al final de nuestra función.”]

Septiembre de 2011

NOTA:

Un curso sobre “La novela victoriana” (Tercera parte de la serie “El comercio y la cultura”) se ofrecerá en la Biblioteca “Padre Florentino Idoate, S.J.”, a partir de junio de 2012.

Lecturas recomendadas

Daniel Defoe: *The Adventures of Moll Flanders* [*Las aventuras de Moll Flanders*]
Roxana, The Fortunate Mistress [*Roxana, o la amada afortunada*]

Samuel Richardson: *Pamela, or, Virtue Rewarded*

Lawrence Sterne: *The Life and Opinions of Tristram Shandy, Gentleman* [*La Vida y opiniones de Tristram Shandy, caballero*]

Henry Fielding: *The History of Tom Jones, A Foundling*. [*La historia de Tom Jones, expósito*]

Emily Brontë: *Wuthering Heights* [*Cumbres borrascosas*]
Jane Eyre

Charles Dickens: *Bleak House* [*Casa Desolada*]
Dombey and Son [*Dombey e hijo*]
David Copperfield
Great Expectations [*Grandes Esperanzas*]

Benjamin Disraeli: *Sybil, or, The Two Nations*
Coningsby, or, The New Generation

William Makepeace Thackeray: *Vanity Fair* [La feria de las vanidades]
The Luck of Barry Lyndon [La Suerte de Barry Lyndon]

Elizabeth Gaskell: *North and South* [Norte y Sur]
Cranford
Mary Barton

George Eliot: *The Mill on the Floss* [El molino en el Floss]
Daniel Deronda
Felix Holt
Adam Bede

Charles Darwin: *The Origin of the Species* [El origen de las especies]
The Descent of Man [El origen del hombre]

Lewis Carroll: *Alice's Adventures in Wonderland* [Las aventuras de Alicia en el País de las maravillas]

Karl Marx: *Capital (El capital)* (3 vols.)

Matthew Arnold: *Culture and Anarchy* [La cultura y la anarquía]
The Function of Criticism at the present time. [La función de la crítica en los tiempos actuales]

Thomas Carlyle: *The History of the French Revolution*

Edmund Burke: *Reflections on the Revolution in France* [Reflexiones sobre la Revolución francesa]

Mary Shelley: *Frankenstein, or, The Modern Prometheus*

Mary Wollstonecraft: *Vindication of the Rights of Women* [Vindicación de los Derechos de las mujeres]

Bram Stoker: *Dracula*

Mary Webb: *Gone to Earth*
Precious Bane

Charles Kingsley: *Cheap Clothes and Nasty*

John Henry, Cardinal Newman: *Apologia pro vita sua*

Elizabeth Barrett Browning: *"The Cry of the Children in the Mines"*

Nota

- 1 "Our antagonist is our helper. This amicable conflict with difficulty obliges us to an intimate acquaintance with our object, and compels us to consider it in all its relations. It will not suffer us to be superficial".